

# OTRA DRAGONADA

## Capítulo 11

### La cabaña de Baba Yaga

El falso Sir Héctor y su fiel escudero Theo ya llevan un par de jornadas vagando por los caminos del impenetrable Bosque Negro. Si no fuera por la vista experta y el gran conocimiento del terreno de su compañero de viaje, Ululato ya se habría perdido de manera irremediable entre los senderos apenas distinguibles a sus ojos. Hace ya mucho que dejaron las vías principales para tomar una serie de atajos que, según el solícito leñador, han de acercarlos a sus destino en un abrir y cerrar de ojos. Debido a la compañía del voluntarioso gigantón, Ululato no ha podido dejar de lado ni un sólo instante su falsa identidad y tanto esfuerzo por ocultar la naturaleza de su verdadera persona le está pasando factura, pues se encuentra exhausto por tener que estar fingiendo todo el rato. Que no está hecho el cuerpo del juglar a las gestas de los héroes. Tantas horas cabalgando a lomos de su caballo Fulguroso le han dejado las posaderas en carne viva, le duele la espalda, tiene los brazos flojos como la manteca y ni humor tiene para entablar conversación con el buen leñador.

—Sir Héctor—dice Theo aflojando el paso de su caballo percherón para ponerse a la altura de su señor, que lleva dos días viéndole el culo a la descomunal bestia sobre la que monta su escudero.

—Dime, buen Theo—responde Ululato desganado.

—Quería comentarle una cosilla—prosigue el leñador—. Disculpe si soy un poco brusco al exponerle mis argumentos. Créame que no es mi intención cuestionar a un noble caballero cuyas grandes gestas son alabadas por toda la vastedad del reino.

El hombretón parece realmente azorado y eso enciende en Ululato todas las alarmas. ¿Será posible que se le esté acabando su buena suerte y que finalmente su falsa identidad se haya visto comprometida? Maldito cansancio. Debería haber puesto más empeño en seguir con su personaje. Un cómico de su calibre abandonando el personaje que le permite conservar el pellejo. Su profesionalidad se ha visto comprometida y solo espera que no sea



demasiado tarde para enmendarse. Antes de que pueda seguir con el hilo de sus reflexiones Theo prosigue.

—Me he podido percatar, señor, de que durante todo el día de hoy habéis estado muy callado y taciturno—dice el hombretón visiblemente turbado—. Y he pensado que...bueno, ya sé que tenéis prisa por llegar a Evantil para liberarles del dragón y todo eso pero...un héroe de vuestra valía bien debe descansar de vez en cuando y cuidarse un poco, ¿no?

Ululato suspira aliviado, por un momento pensó que su suerte estaba echada y que acabaría abandonado por su guía, muerto de inanición en alguno de los márgenes del camino. Pero parece que sus miedos han sido infundados, el buen Theo solo está preocupado por su señor.

—Por supuesto, Theo, no soy más que un simple hombre. Un prodigio de la naturaleza, ciertamente, pero un hombre al fin y al cabo—responde Ululato solemnemente—¿En qué estabas pensando, buen amigo?

La alegría de Theo parece revivir tras las cariñosas palabras de su señor. En verdad que el noble caballero es poseedor de todos los dones que la gallardía de la nobleza exige. No solamente es un héroe reputado, un valeroso portento, sino que además, trata con magnificencia y respeto a un simple leñador sin otro don que el de saber recolectar madera.

—Pues verá, Sir Héctor, resulta que no andamos muy lejos de una buena amiga que habita en su modesta cabaña construida entre la espesura del bosque—explica el leñador—. Una entrañable anciana sin familia que pasa sus días recolectando los frutos y hierbas que la madre naturaleza le obsequia. Estoy convencido de que gustosa nos recibirá en su humilde morada para que pasemos la noche al abrigo de su techo y de su fuego. A cambio le cortaré la leña necesaria para que el invierno le sea más llevadero. Los habitantes del Bosque Negro nos ayudamos entre nosotros.

A Ululato se le iluminan los ojos solo con pensar en pasar la noche durmiendo en una cama, por muy sencilla que ésta sea, protegido y calentito en el interior de la vivienda de una buena mujer, anciana y decrépita, que se alegrará sin duda alguna de contar con los fuertes brazos de Theo y con la charla de un ingenioso juglar, aunque éste último viaje de incógnito.



—¡Qué gran idea, buen Theo!—Ululato da su consentimiento al plan del leñador—. Cierto es que los grandes héroes nos debemos a las grandes gestas pero no es menos cierto que tenemos un deber sagrado con los afligidos, los débiles, los tontos, los imbéciles y los pazguatos. Es importante llegar a Evantil para acabar con la bestia que asola la región pero muy mezquino sería este caballero si no se acercase a socorrer a una pobre anciana que vive aislada sin más compañía que el frío y el miedo.

Theo mira a su señor con auténtica idolatría, ¿será posible que exista un caballero más bondadoso que Sir Héctor? El buen hombre no lo cree posible.

Con esperanzas renovadas ambos hombres prosiguen el camino a lomos de sus respectivas monturas. Ululato debe reconocer que el alocado Fulguroso que tan malos ratos le ha dado en el pasado se está comportado realmente bien desde que salieron del pequeño campamento de los nada pequeños leñadores. Tal vez sea debido a la buena influencia que ejerce sobre el pura sangre el tranquilo percherón de su compañero de viaje.

—Buen Theo—dice Ululato al cabo de un rato—. No te he dicho nada hasta ahora, pero en verdad admiro tu colosal caballo. Es un ejemplar robusto y magnífico. ¿Cómo le has llamado?

—Oh, señor, cuanto honor me hacéis con vuestros bellos cumplidos a un vulgar animal de carga como mi José Luis—responde Theo ufano.

—José Luis, bonito nombre para tan bello animal—¿por qué no se le ocurriría a él antes ese nombre? Un nombre extraordinario para la montura de un héroe, no como Fulguroso, que suena vulgar y zafio.

Siguen cabalgando en silencio durante mucho rato, atentos al ruido de los cascos de los caballos sobre la tierra del camino. El Bosque Negro les engulle con glotonería a medida que avanzan en sus entrañas. A su alrededor los árboles parecen crecer los unos de los troncos de los otros, pues tal es la densidad de la vegetación. Los arbustos y el musgo se encargan de rellenar el sotobosque dando la impresión de que hasta un alfiler tendría dificultades para atravesar semejante masa forestal.

—Soooo, José Luis—ordena el leñador y su obediente montura frena ipso facto.



—Soooo, Fulguroso—imita Ululato y su brioso caballo se da de morros con las generosas posaderas de su congénere—. Párate ya de una vez, bicho.—El vocero tira de las riendas con fuerza hasta que el caballo al fin le hace caso.

—Mirad, señor—exclama Theo señalando un estrecho pasillo que se abre en el lado derecho del bosque—.Siguiendo esta senda llegaremos enseguida a la cabaña de Baba Yaga.

—Qué buena noticia, buen amigo, pues he de decir que desde que me hablaste de la buena mujer que habita en estos bosques estoy deseando saludarla.

—Oh, qué contenta se pondrá de conocerle, Sir Héctor, ya veréis. ¡Arre, José Luis!—el animal obedece al punto.

—¡Arre, Fulguroso!—el caballo de Ululato está entretenido masticando unas succulentas hojas y no le hace ni puñetero caso a su dueño—.¡Que arras, te he dicho, bestia del demonio!—lo dicho, ni puñetero caso. Theo chasquea la lengua llamando al animal que se pone en marcha con tanto brío que Ululato debe agarrarse con fuerza a las crines para no acabar con sus huesos en el suelo. Está claro que el animal le tiene manía al vocero.

Durante un rato, que a Ululato le parece una eternidad, siguen el estrecho sendero que ha de guiarles hasta la casa de la anciana. El camino es muy angosto viéndose obligados una y otra vez a esquivar las ramas bajas que amenazan con herirles las cabezas. Al fin la vegetación se abre dando paso a un pequeño claro en el que se asienta una humilde choza de madera.

—¡Ya hemos llegado, Sir Héctor! Mire, mire, ahí está la casa de Baba Yaga—el buen leñador no cabe en sí de gozo.

—¡Oh, por fin!—Ululato no puede evitar que se les escape una exclamación de alivio. Está realmente reventado.—Pe, pe, pero...¿eso que sujeta la cabaña son patas de pollo?, Gigantescas patas de pollo, mejor dicho.

—Jajajaja, así es, señor. Baba Yaga tiene un estilo de decoración muy ecléctico, ya veréis, ya, le gusta mezclar diversas tendencias. Siempre está al día de lo que se cuece por los elegantes salones del reino. No me preguntéis como pero así es. Vivir aislada no significa carecer de glamour y buen gusto—responde Theo convencido.



—Oh, claro, por supuesto, buen amigo—concede Ululato, aunque no le parece que las patas de pollo sean lo más adecuado para que una vivienda gane en prestancia, más bien al contrario. Él jamás habría decorado así su infecto rincón de la cocina del castillo de Lauriabel. Pero como suele decirse: para gustos los colores. Él solo quiere una cama en la que tumbarse a descansar, que está molido.

—¿Quién anda ahí?—grita una anciana de pelo blanco desgreñado y nariz aguileña abriendo de golpe la puerta de la peculiar choza. Enarbola una escoba hecha de mimbre. Bajo sus desgastados ropajes negros se adivina un cuerpecillo ajado por los estragos del tiempo. Entre sus piernas huesudas un gato negro se enreda juguetón.—Sal de ahí, Misifús, que vas a hacer que me caiga, puñetero.

—¡Baba Yaga!—grita a su vez el leñador descabalgando de un salto. Está claro que nadie puede poner en duda que el gigantón es un hombre de naturaleza eufórica, muy acorde a los excesos de sus proporciones corporales.

—Theo, amigo mío, has venido a ver a esta vieja chocha.

—No digas eso, mujer, si estás estupenda.

El leñador se abalanza sobre la frágil anciana en un cariñoso abrazo. Ululato cree por un momento que el fortachón le va a quebrar todo los huesos a la pobre mujer. Sin embargo a ella no parece importarle, más bien al contrario, está encantada con las contundentes muestras de cariño de su musculoso amigo.

—Pero bueno—la mujer se zafa al fin de los brazos de Theo—. Si has venido acompañado. Dime, ¿quién es tu amigo?

—Baba Yaga, tengo el gran honor de presentarte al gran Sir Héctor el Magnífico, señor del castillo de Lauriabel, que ha emprendido su largo viaje para dar muerte al fiero dragón que asola las tierras de Evantil con la intención de liberar a las sufridas gentes que allí habitan. ¿Qué te parece?

—Muy buenas tardes tenga usted, venerable anciana—saluda cortés Ululato sin decidirse aún a bajar del caballo. Después de la pomposa presentación que le ha hecho el bueno de Theo no quiere arriesgarse a tropezar al descabalgarse y acabar humillado por los suelos. No sería propio de un gran héroe como él.



—Pues visto así de cerca tampoco parece gran cosa el escuchimizado ese, ¿seguro que es el que va a matar al dragón?—responde la vieja achinando sus escrutadores ojillos verdes para enfocar mejor la vista.

—No digas eso, mujer, que mi señor podría ofenderse—susurra Theo ruborizándose.

—Está bien, hombre, no te sulfures—cede la anciana—. Sir Héctor el Magnífico, que gran honor que me hacéis viniendo a mi humilde morada. Os ruego, señor, que aceptéis mi hospitalidad. No es mucho lo que puede ofrecer os esta pobre vieja: un buen caldo caliente, un fuego en el que calentaros, un techo para guareceros de los elementos y un camastro en el que descabezar un sueño reparador. Entrad pues, amigos, que son muchas las cosas que nos tenemos que contar. Habréis de explicarme con todo lujo de detalles como es eso de que vais a matar a un dragón.

Ululato traga saliva. Parece que va a ser una noche movidita en casa de la perspicaz anciana.

\*\*\*

Muy lejos de la espesura del Bosque Negro y de la cabaña de Baba Yaga la aguerrida criada Filomena atraviesa los oscuros pasadizos del castillo de Lauriabel. Ha desoído las órdenes de su pérfida señora para ir a reunirse, al amparo de las sombras de la noche, con el hombre que, de un tiempo a esta parte, le ha robado el corazón.

—Psssss, ¿dónde te hayas?—susurra la joven. La oscuridad es tal en los mugrientos sótanos del castillo que no ve tres en un burro. Con las prisas se le ha olvidado coger una vela para alumbrarse.

—Estoy aquí, amada mía—contesta una voz varonil—. Deja que encienda una candela para contemplar tu hermoso rostro, bella entre las bellas, pues como dijo el gran filósofo Sócrates: "aquel amor que es el más caliente, suele tener uno de los finales más fríos." Déjame pues calentar nuestra pasión con un fuego protector que nos ampare.



—Oh, Bosco, que labia gastas, loquita me tienes, truhán—el verdugo ha encendido una vela dejándose ver al fin. Filomena se lanza a sus brazos y le planta un apasionado beso en todos los morros que deja al hombretón temblando de puro placer.

Después de unos instantes de besuqueos, manoseos y tocamientos varios la pareja recupera la compostura. Ya habrá tiempo para arrumacos más adelante. Se juegan mucho encontrándose a escondidas, si Lady Citronella se entera de sus idas i venidas acabarán los dos en la horca.

—Tengo que contarte algo muy importante, amor mío—dice la joven abrochándose uno de los botones de la blusa e intentando controlar su respiración alterada.

—Habla prestamente, amada, pues como dijo el gran filósofo Sócrates: "sólo hay un bien, el conocimiento; solo hay un mal, la ignorancia" Te pido que me libres del mal que me acecha con la claridad de tu inteligencia.

—Aaaaay, si tú quisieras y yo me dejara, zalamero...—responde la muchacha lanzándose otra vez a los brazos de su amante.

De nuevo, luchan por controlar su pasión. Hay noticias frescas que Filomena trae para Bosco. No es momento para las flaquezas de la carne y los sentidos.

—Después de la fiesta celebrada en el gran salón del castillo, Lady Citronella me mandó que fuera a espiar al carcamal Sir Wallace, ya sabes, ese noble que le tiene ojeriza a la señora y que maquina contra ella. Pues bien, su espía, Eduard, un joven peculiar que se hace llamar por todos Ángel eduardito o Ave Fénix, le ha informado de que Ululato sigue con vida. El pobre infeliz es más fuerte de lo que nos pensábamos: no solo se ha batido en lucha singular con tres pendencieros a los que consiguió dar muerte sino que además se enfrentó a un oso de las cavernas en el Bosque Negro saliendo vencedor. ¿Te lo puedes creer?

—En verdad te digo, Filomena, que me dejas de piedra—Bosco no sale de su asombro—. Ni por asomo me hubiera imaginado que el vocero, con lo poca cosa que es, sería capaz de salir victorioso de gestas como las que comentas. ¿Crees posible que mate al dragón? Pues como dijo el gran filósofo Sócrates: "cada acción tiene sus placeres y su precio" y algo me dice que en este viaje de gran caballero en el que anda metido el juglar pocos placeres se va a encontrar y que el precio que habrá de pagar será muy alto.



—Lo mismo opino yo, mi bien amado—asiente pensativa la joven—. Pero hay más, cariño, esos dos hablaron abiertamente de sus planes de acabar con Sir Héctor si no lo hace antes el dragón para quedarse con todo su patrimonio y echar a la doña a la calle con una mano delante y otra detrás. En cualquier caso el pobre Ululato lo tiene bien crudo, parece ser que medio castillo quiere asesinarle, pobre desgraciado.

—Que sabias palabras las tuyas, razón de mi ser. Intenta mantenerte alejada de toda esa gentuza, ni Sir Wallace, ni Eduard, ni Lady Citronella son trigo limpio. Pues como dijo el gran filósofo Sócrates: "un espíritu mezquino es conquistado con meros regalos" y estos nobles se creen con derecho de disponer de la vida y la muerte de los pobres desgraciados. Como si los dioses les hubieran concedido el regalo de ser superiores al resto de los mortales. Sus corazones son mezquinos y el tuyo es demasiado puro para tratar con semejante carroña. Cuídate, mi bien, que dentro de poco todos nuestros planes surtirán efecto y seremos libres para amarnos sin temor a perecer prematuramente.

Tras estas sentidas palabras de Bosco la pareja vuelve a fundirse en un prolongado beso acompañado de magreos y rozar de cuerpos encendidos de pasión.

—Debo, irme, amor—suspira Filomena retirándose a cara perro de su amado y bajándose las enaguas que Bosco le ha subido hasta la cintura—. Es mucho lo que nos jugamos.

—Vete, mi bien, que las sombras de la noche te amparen—responde Bosco sin moverse del sitio.

—¿Acaso tú no te retiras?

—Mmm, claro, claro, solo necesito un momento para poder andar.

—Oh, claro, mi vida, que pases buena noche—se despide la joven antes de fundirse de nuevo con la oscuridad de los pasadizos. Sabe que está jugando con fuego y que si no se anda con ojo podría acabar quemada...en la hoguera.

\*\*\*

Continuará en el capítulo doce

